



MODELOS DE IGLESIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

José M^a González Ruiz

La frase de Ernesto Renan "Después de Jesús se esperaba el Reino de Dios, pero lo que vino fue la Iglesia" no es ninguna "boutade" si analizamos seriamente los avatares que el nacimiento de la Iglesia atravesó en plena formación de los libros que componen el Nuevo Testamento canónico.

Podemos distinguir tres fases principales en el itinerario de la constitución de eso que ya en el siglo I se llama la "asamblea" o "ekklesía" de Dios o de Jesús.

1. PRIMERA FASE: EL ISRAEL SEGUN LA CARNE

No hay duda de que los primeros discípulo de Jesús, que se reunieron en Jerusalén para dar fe de su resurrección, no tenían conciencia de formar un grupo aparte o cismático con respecto al que después San Pablo llamaría "Israel según la carne" (Gal, 4, 29). El Libro de los Hechos de los Apóstoles afirma que "diariamente perseveraban unánimes en el Templo, partían el pan por las casas y tomaban juntos el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y siendo bien vistos por todo el pueblo" (He 2, 46-47). Como ha demostrado muy bien E. Schillebeeck en su libro "Jesús, historia de un viviente", Jesús fue considerado en un primer momento como el "profeta escatológico" que esperaban y aguardaban los judíos piadosos de la época.

Publicado en **Vida Nueva** n.1414, 4 de Febrero 1984.

El cristianismo no nació prematuramente del seno del judaísmo, sino que se fue distanciando de él poco a poco sin cortar nunca el cordón umbilical que lo unía a él. El mismo San Pablo, en plena situación de autonomía cristiana, reconoce que la separación entre cristianismo y judaísmo es imperfecta y coyuntural (Rom 10): algún día el grueso del "Israel según la carne" se uniría al "Israel selecto" que constituye en su tiempo el conjunto de las comunidades cristianas.

Diecinueve siglos después uno de los más altos dignatarios del nacional-socialismo alemán se dejaría caer con esta frase: "El crimen mayor del judaísmo es el de haber hecho nacer al cristianismo".

En esa primera fase el grupo judeo-cristiano se organizaba según el modelo de lo que podríamos llamar "nacionaljudaísmo": no habría diferencia entre la comunidad civil y la "asamblea" religiosa: **"La multitud de los creyentes tenían un sólo corazón y una sola alma, y ninguno decía que lo que le pertenecía le era propio, sino que todas las cosas les eran comunes. Y con gran fortaleza los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús. Y todos estaban abundantemente favorecidos, ya que entre ellos no había ningún necesitado, pues todos los que poseían terrenos o casas los vendían, y lo ponían a los pies de los apóstoles. Y se hacía el reparto a cada uno según la necesidad que tenía"** (He 4, 32-35).

Pero muy pronto este idílico modelo de corte "comunista" se mostró incapaz de ser llevado adelante. Un día fue el fraude de los esposos Ananías y Safira, que ocultaron parte de su fortuna al declarar la donación a la comunidad (He 5, 1-11).

En otra ocasión se trataba de la queja que los judíos helenistas tenían para con los judíos autóctonos, ya que éstos se aprovechan para llevarse la mayor parte de lo recaudado: **"Surgió una murmuración de los helenistas contra los hebreos, porque en la asistencia cotidiana eran desatendidas sus viudas"** (He 6,1). Para obviar esta dificultad la comunidad tan espontáneamente unida al principio tuvo que vertebrarse en un inicio de "institución" con la creación de los siete diáconos (He 6, 2-6).

Posteriormente ya no fue un solo foco, el de Jerusalén, sino varios situados en distintos lugares de la "Tierra Santa": **"La I-**

glesia tenía paz por toda Judea y Galilea y Samaria, construyéndose y actuando en el temor del Señor; y crecía con el aliento del Espíritu" (He 9, 31).

Más adelante se inicia la ruptura del nacionaljudaísmo o del "resto de Israel", cuando Pedro recibe la llamada divina de introducir en la comunidad nada menos que a un centurión romano: Cornelio (He 10, 1-48). Pedro salta por encima de las leyes judías sobre lo puro e impuro y admite en el seno del cristianismo naciente a toda una familia pagana sin obligarla a pasar por el aro estrecho de la disciplina judaica.

Esta primera fase fue de corta duración y apenas sirvió de estereotipo para la constitución de lo que podríamos llamar poco más tarde la "gran Iglesia", dispersa entre todos los pueblos sin identificarse con ninguno en especial.

2. SEGUNDA FASE: LA IGLESIA PUEBLO DE DIOS ENTRE TODOS LOS PUEBLOS

Es el mismo Libro de los Hechos (11, 19-30) el que nos cuenta que con motivo de la persecución de los judíos contra Esteban y los cristianos judeohelenistas éstos últimos se vieron obligados a dispersarse dejando Jerusalén. El principal punto de aterrizaje fue Antioquía de Siria, una de las grandes ciudades del Imperio Romano, tan importante o quizá más que la propia Roma.

Los cristianos judeohelenistas, al llegar a Antioquía, abandonaron el primer esquema del "nuevo Israel" y se dedicaron a proclamar a Jesús resucitado entre toda clase de gente, sin exigirle ningún tipo de adhesión al ritual judaico. La noticia de esta novedad llegó a la conservadora comunidad de Jerusalén, que todavía no se había desprendido del sueño primitivo del "verdadero Israel", y envió allá a un hombre de su confianza: Bernabé. Pero éste, apenas llegó y vio la gracia de Dios, "se llenó de gozo y exhortaba a todos a que permanecieran fieles al Señor con decisión consciente, pues en realidad era un hombre bueno y lleno de Espíritu Santo y de fe. Y se agregó al Señor una muchedumbre considerable. Salió entonces en dirección a Tarso para buscar a Saulo, y cuando lo encontró se lo llevó a Antioquía. Y sucedió que se integraron en la Iglesia durante un año y enseñaron a mucha gente. Y fue en Antioquía donde por primera vez los discípulos fueron llamados cristianos".

Aquí tenemos ya la nueva figura de "Iglesia" diferenciada de la comunidad natural de vida. Los componentes de la "Iglesia" pertenecían a distintos ambientes, a distintos clanes, a distintos orígenes. Lo que les unía era su nueva condición de "cristianos", o sea de discípulos de Cristo, del Cristo Resucitado.

Partiendo de Antioquía San Pablo va peregrinando por toda Asia Menor con la intención decidida de formar "iglesia", no de incorporar a los "goyim" o "pueblos paganos" al viejo tronco de Israel, aunque fuera el "Israel de Dios", el "resto de Israel" que había admitido a Jesús como Cristo e Hijo de Dios. Pablo, por el contrario, se contenta con **plantar** grupos eclesiales, que no se distinguían por un hábitat común ni por una pertenencia común de bienes.

Cuando escribe a los cristianos de Corinto, presupone que cada uno de ellos vive en un ambiente social y familiar distinto. Por eso, les reprocha que "al congregarse en la asamblea eclesial, se formaban entre ellos grupos aparte" (1 Cor 11, 18). Y añade: **"Así, pues, cuando os congregáis para el mismo objetivo, eso ya no es comer la cena del Señor; pues cada cual se adelanta a comer su propia cena; y hay quien pasa hambre, mientras otros se emborrachan. ¿Es que no tenéis casas para comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la asamblea de Dios reunida que humilláis a los que no tienen?"** (1 Cor 11, 20-22).

Es decir: los cristianos vivían cada uno en su casa y según su estado social: había libres y esclavos (1 Cor 7, 20-22). La "ekklesía" no formaba parte del entramado de la vida social de las ciudades donde se evangelizaba ni de la condición de los que aceptaban la palabra de Dios. Los "partidarios de Cristo" podrían estar dispersos a través de todos los rincones de la gran ciudad, sin distinguirse en nada de los demás por detalles visibles y aparentes.

Aún más, es el propio San Pablo el que se alza vigoroso y enérgico contra el intento de producir comunidades cristianas "monacolares", o sea en donde lo religioso y lo político-social se fundieran en una unidad supracultural. Algo así como el judaísmo, donde siempre fue difícil -por no decir imposible- distinguir dónde empezaba la comunidad de fe y dónde la unidad de raza o de cultura.

Se trata de 1 Cor 7, 17-24, que es un texto del que se ha

abusado injustamente para hacerle decir a Pablo una cosa en una determinada convivencia social, que deja las cosas como están y sólo se refiere a una relación -individual y solitaria- del hombre con Dios.

Sin embargo, el texto paulino hay que interpretarlo según todo el contexto del epistolario del apóstol. Si hay algo que Pablo ha subrayado con más agresividad es el hecho de que en el cristianismo se borran las diferencias entre judíos y paganos. Nos basta recordar todo el tema del Concilio de Jerusalén.

Ahora bien, de interpretar el pasaje en este sentido de inmovilismo social, resultaría que Pablo exhorta aquí a los judeocristianos a permanecer, dentro del cristianismo, en una postura específica, determinada, contradictoria de la de los paganocristianos. Si no, ¿qué significaría la exhortación a un judío converso a seguir siendo judío en la nueva situación cristiana?

Igualmente dura sería la exhortación al esclavo cristiano a permanecer en la esclavitud. Según ello, la entrada en la Iglesia sería un freno atenazador que inmovilizaría la vida social. Pero Pablo no piensa así, ni mucho menos; de otra manera no se explicaría la inmediata exhortación: **"si puedes obtener la libertad, no dejes pasar la oportunidad"**.

En una palabra: la insistente exhortación paulina a borrar, en la nueva situación cristiana, toda diferencia entre judío y pagano, siervo y libre, etc., mal se casaría con esta supuesta exhortación a que judíos y paganos, libres y esclavos, sigan acentuando esta propia condición en el nuevo estado de fe.

Creo que la solución está en el sentido de la palabra "vocación" (klesis) que, como otras muchas en San Pablo (amor, fe, perfección, alegría, pleroma), tiene un significado que podríamos llamar **comunitario**. Y en este caso la misma Iglesia, la comunidad de creyentes, sería llamada "sociedad o comunidad del amor, de la fe, de la perfección, de la plenitud, de la alegría, de la **vocación**, o más simplemente: amor, perfección, fe, alegría, plenitud, vocación".

así, pues, la **klesis** sería la reunión, la asamblea, la comunidad como **espacio de convocación**, como lugar donde se ha recibido la llamada divina.

En Corinto, como en las demás comunidades formadas por

Pablo, había ya muchos grupos de cristianos que se reunían en distintos sitios y celebraban allí habitualmente la cena del Señor. Cada catecúmeno o neocristiano empezaba a frecuentar una "reunión", una "Klesis" determinada. Si se trataba, por ejemplo, de un judío, y la "reunión" por él frecuentada estaba compuesta por una mayoría de paganos, es lógico que se sintiera incómodo y procurara buscar otra "reunión" en que predominaran los procedentes del judaísmo.

Lo mismo diríamos de un esclavo que empezara su vida cristiana en el seno de una reunión con predominio de libres.

Esta actitud presentaba un grave riesgo, contra el que Pablo había luchado fuertemente desde el principio de su apostolado: la formación de comunidades monocolors. Pablo, pues, exhorta a los fieles a no cambiar de "reunión" o de "asamblea" por motivos diferenciales (judaísmo-paganismo, esclavitud-libertad, hombres-mujeres), ya que estos deben quedar superados y fundidos en la unidad de la fraternidad cristiana. Cada uno debe continuar en la "vocación" "convocación" -en la "reunión"- en que empezó la vida cristiana y no debe preocuparse de su situación previa a su fe, ya que en la nueva situación sólo hay una motivación de unidad: la fe en Cristo.

Esta insistencia de Pablo en crear comunidades heterogéneas lleva consigo un germen revolucionario, aunque a primera vista no lo parezca. Efectivamente, en la historia de las instituciones religiosas se ha insistido mucho en la división de parcelas: templos para libres y templos para esclavos; templos para blancos y templos para negros; hermandades o confraternidades de determinadas clases (patronos, empleados, obreros, etc.). Este interés por "parcelar" la religiosidad según criterios de diferencias de clases es más visibles cuando se trata de una institución viva, o sea donde cada miembro es corresponsable de las soluciones finales.

Lógicamente, una "comunidad" -una "Klesis"- donde hay esclavos y libres, explotadores y explotados, tenderá infaliblemente a la superación de estas chocantes diferencias: el "interclasismo" no podrá mantenerse por mucho tiempo, como de hecho ocurrió en las comunidades cristianas fundadas por Pablo.

Sin embargo, es posible mantener la apariencia de una institución religiosa heterogénea, cuando se trata de algo puramente vertical, donde los miembros (sobre todo, los de estratos infe-

riores) no tienen de hecho acceso ni a las deliberaciones ni a las soluciones.

Pablo era consciente de este germen revolucionario del cristianismo; y por eso exhortaba a los nuevos cristianos a que no se "parcelaran": griegos con griegos, judíos con judíos, esclavos con esclavos, libres con libres, etc., ya que así ocurrirían dos cosas: o el cristianismo quedaba "reducido" a una clase o sector determinado, o se convertía en una formalidad puramente aparente.

Por eso, la formación de comunidades excesivamente homogéneas desde el punto de vista social, político y económico corre el peligro de suprimir la capacidad conflictiva que lleva consigo inevitablemente la proclamación del Evangelio.

En otras palabras: la Iglesia es meramente el "pueblo de Dios", la "comunidad de los que creen en Dios", pero no se presenta como una alternativa a los modelos de sociedad de cada tiempo y de cada lugar. Lógicamente la fe cristiana introducirá un cierto tipo de condicionamiento en el entramado social, político y económico donde se desenvuelven los cristianos. Pero éstos no podrán "reducir" la amplitud del Evangelio a ningún código terrestre, por más liberador y revolucionario que se presente.

Estamos pues, ante el modelo definitivo de Iglesia tal como fue plantada por los apóstoles después del primer tímido ensayo de hacer de ella una especie de réplica del Israel histórico. En adelante, para los cristianos ya no valdría aquel principio "cujus regio, ejus et religio" que, por diversos canales, era válido tanto en el ambiente judío como en el paganismo religioso propugnado por el Imperio Romano.

En uno de los más profundos escritos del Nuevo Testamento -la Epístola de los Hebreos- se expresa este modelo eclesial con claridad meridiana: **"No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos buscando la futura" (Heb 13, 14).**

Y el propio San Pablo, que va fundando comunidades cristianas a lo largo del Imperio Romano, subraya expresamente que no se trata de una alternativa política al orden establecido, pues **"para nosotros la capital está en los cielos" (Fil 3, 20).**

Finalmente, ya a mediados del siglo II este modelo eclesial ha arraigado de tal manera que el autor anónimo de la "Carta

a Diogneto" puede expresarse de esta manera: "Los cristianos no se diferencian de los demás hombres ni por la lengua ni por las costumbres. Habitan sus propias patrias, pero como inquilinos; comparten todas las cosas como ciudadanos que son, y todo lo sufren como si fueran extranjeros. El extranjero es para ellos como una patria, y toda patria es, a su vez, como el extranjero...Para decirlo lisa y llanamente: los cristianos son para el mundo lo que el alma para el cuerpo".

Pero uno de los fenómenos más curiosos a este respecto es que Pablo le escribe a la comunidad de Roma para que sea esta la que lo envíe al occidente del Mediterráneo, o sea España, precisamente **"porque se encuentra sin ocupación en esas regiones" (Rom 15, 23)** o sea en el Mediterráneo oriental. Esto quiere decir que Pablo nunca soñó con hacer una Corinto cristiana, una Efeso cristiana o una Filipos cristiana. Su ambición consistía en plantar comunidades cristianas en lugares estratégicos para asegurar la difusión del mensaje evangélico.

3. LA CRISTIANDAD O DISTORSION DEL PURO MODELO ECLESIAL

Fue a consecuencia de la "pax christiana" (313) concedida por el emperador romano Constantino y de la oficialiación del cristianismo por Teodosio, cuando se empezó a hablar de la "ciudad cristiana". El gran ejemplo de ello lo tenemos en San Agustín.

El modelo profético de la Iglesia, que había cuajado en plena efervescencia del Nuevo Testamento y de los primeros siglos, dio paso a un nuevo modelo en que la Iglesia dejaba de ser alma de la sociedad para metamorfosearse en sociedad misma. De aquí nació la **cristiandad**. Las autoridades civiles recogieron el guante que se les ofrecía y tuvieron buena cuenta de unificar la religión cristiana en todos los ámbitos de su dominio o de su imperio. No hay tiempo de hacer la historia de la "cristiandad", pero hemos de reconocer que a partir del siglo IV ambos modelos de Iglesia chocan violentamente entre sí, siendo el modelo cristiandad el defendido por los que tienen el poder (civil o eclesiástico), mientras que el modelo-pueblo-de-Dios es sostenido tenazmente por fuerzas sordamente rebeldes en el seno mismo de la institución eclesial.

La historia de las órdenes religiosas se inscribe ordinariamen-

te en ese esfuerzo por revitalizar el modelo profético de Iglesia frente al modelo imperial que era impuesto desde la cumbre. El propio Federico Engels reconoció que la historia del cristianismo estuvo siempre atravesada por esta inevitable ambigüedad de la coexistencia más o menos conflictiva de los modelos de Iglesia.

Saltando ya a nuestros días, sabemos que en el Concilio Vaticano II se planteó expresamente esta alternativa: si presentar a la Iglesia como "sociedad perfecta" al estilo de la doctrina de Bellarmino, o simplemente como "pueblo de Dios" reanudando así la vieja tradición neotestamentaria y del primitivo cristianismo. Con algún que otro voto en contra, la Comisión encargada logró sacar adelante una declaración, de la que entresacamos lo más pertinente: **"Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor. Unida ciertamente por razón de los bienes eternos y enriquecida por Cristo con ellos, esta familia ha sido construida y enriquecida por Cristo como sociedad en este mundo y está dotada de los medios adecuados propios de una unión visible y social. De esta forma, la Iglesia, entidad social visible y comunidad, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios" (Gaudium et spes 40).**

Como vemos, el triunfo profético de la Iglesia como pueblo de Dios exigía de los cristianos el dismantelamiento de la Iglesia-cristiandad o sociedad perfecta. Este último modelo pretende asignar a la Iglesia la respuesta a todas las preguntas humanas: religiosas, sociales, políticas, económicas y hasta científicas. Así se explica la condenación de Galileo y la excomunión de los que no se sometían a su poder temporal.

Lógicamente este desmontaje no se puede hacer en poco tiempo. Todavía el Vaticano II no ha cumplido sus bodas de plata

y observamos cómo sobreviven profundas resistencias al abandono del modelo-cristiandad. Naturalmente esta resistencia es más grande allí donde la Iglesia está más cerca de cualquier clase de poder, incluyendo el poder eclesiástico que todavía no se ha reconvertido en puro servicio evangélico.

En una palabra: la piedra de toque sobre la legitimidad del modelo pueblo-de-Dios la daría la condición democrática de la Iglesia. En efecto, si por democracia entendemos una institución de convivencia que ha surgido de la libre y espontánea asociación de sus componentes, ciertamente la Iglesia de Cristo no es democrática. En la Epístola a los efesios se dice de ella que es un proyecto concebido por Dios desde la creación del mundo, de suerte que la mejor traducción de la palabra griega original "ekklesía" sería "convocatoria" o "espacio de convocación". La Iglesia preexiste a los cristianos: éstos pertenecen a ella porque son "convocados" por la libre iniciativa de Dios y han sido adscritos a ella por medio del bautismo en nombre de Cristo.

Pero si por "democracia" entendemos una convivencia de personas humanas donde todos son tenidos en la misma consideración y donde todos pueden y deben participar activamente en la construcción de la comunidad entonces podemos decir que la Iglesia de Cristo es esencial y profundamente democrática. El texto más adecuado para entender este sentido democrático de la Iglesia es el capítulo 12 de la Primera Carta a los corintos. En él se dice que la Iglesia es como un cuerpo, donde los miembros están tan perfectamente conjugados entre sí, que ningún miembro puede considerarse ni autosuficiente ni superfluo. Aún más: puede haber tareas de suyo superiores frente a otras de rango más humilde. Pero jamás las tareas, los carismas, humildes o periféricos, nacen de los carismas de la cumbre, ya que es el mismo Espíritu quien directamente insufla a unos y a otros. Y así no podríamos concebir que en la Iglesia el Papa generara el carisma episcopal, los obispos el carisma presbiteral, y los presbíteros los carismas asignados al laicado. No; es el Espíritu el que directamente se entiende con cada parte, con cada miembro del cuerpo. Esto lleva consigo que los poseedores de tareas superiores no pueden bastarse a sí mismos, ya que una buena parte de la "inspiración" divina se halla en los miembros periféricos de la Iglesia. Es inconcebible un Papa que pretendiera poseer el monopolio de todos los carismas del mundo, un obispo el de los de su diócesis, un párroco el de los de su parroquia.

Los actuales conflictos entre lo que ha dado en llamarse "Iglesia-institución" e "Iglesia popular" se deben a un olvido radical de esta inevitable eclesiología eucarística del Nuevo Testamento y a la dejación del único modelo posible de Iglesia en orden a una eficaz evangelización: el pueblo de Dios.

